





LA ROSA DE BAVIERA  
EL DESTINO ESQUIVO  
DE MARÍA SOFÍA,  
LA HERMANA DE SISSI



Silvia Elena Maffi

LA ROSA DE BAVIERA  
EL DESTINO ESQUIVO  
DE MARÍA SOFÍA,  
LA HERMANA DE SISSI



Primera edición: octubre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Silvia Elena Maffi

© Ilustración de portada: Carlus Rodriguez

ISBN: 978-84-10400-64-1

ISBN digital: 978-84-10400-65-8

Depósito legal: M-22539-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## POSSENHOFFEN (BAVIERA),

JULIO DE 1853

El rítmico golpeteo de los cascos de mi caballo lanzado al galope libre, la tibieza del viento estival en mi rostro y en mi cabellera suelta, los frescos perfumes del bosque, una emoción vital e indescriptible, una maravillosa sensación de libertad. Atrás, muy cerca, los otros dos caballos nos persiguen. Me doy vuelta y veo a Sissi a pocos metros de distancia y detrás de ella a mi padre. No debo permitir que me alcancen. ¡Esta vez de veras tengo que ganar yo!

A la salida del bosque, lanzo mi caballo en una carrera aún más desenfrenada a través de la amplia pradera verde. Y él responde, mi lindo zaino: las orejas firmes apuntando hacia adelante, las narices dilatadas, parece estar sintiendo mi misma excitación. Percibo el calor del sol sobre mi piel y mi corazón que late enloquecido.

Ya diviso allá en el fondo nuestra gran casa con sus cuatro torres blancas. Unos cientos de metros más y lo habré conseguido. Hay una persona de pie en el parque frente a la casa. ¿Nos está esperando? Cuando me acerco lo suficiente, reconozco a mi madre. Inmóvil, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho, parece enfadada. Con gran esfuerzo, logro frenar a *Parsifal*, mi purasangre, que se detiene justo delante de ella. Y un instante después oigo llegar a los otros dos caballos.

Sissi y yo bajamos de la montura agitadas, con las mejillas arrojadas, la ropa y los cabellos en desorden.

—¡¿Mamá, lo has visto?! ¡Esta vez he ganado yo! —corro excitada hacia ella.

—Quizá porque te hemos dejado vencer, ¿no es cierto, papá? —asevera mi hermana.

—¡No es verdad! ¡Dile que no es verdad, papá! ¡Lo dice para fastidiarme!

—¡Max! —exclama mamá y ahora veo por su expresión que en efecto está muy enojada—. Pero... ¿te parece correcto arrebatarles tus hijas a sus preceptores para llevarlas a perder el tiempo por ahí e incitarlas a alborotarse como si fueran dos muchachotes? ¡Y para colmo con semejante calor!

—No saber aprovechar de un día tan espléndido creo yo que es la verdadera pérdida de tiempo —responde muy tranquilo papá. Él también tiene el rostro sudado y las mejillas enrojecidas—. Tú oblígales a estudiar cuando el cielo está nublado, cuando llueve, nieva o cae granizo. Ludovica, no te enfades. ¡Hay que saber disfrutar de la vida!

—¡Mamá, si supieras cuántos pájaros hemos visto en el bosque! ¡Y también un cabrito precioso! Ha dicho papá que...

No me deja terminar:

—¡Regresad enseguida a casa, Elizabeth y María Sofía! ¡Aseaos y volved a vuestros preceptores, que os están esperando! Tú y yo tenemos que continuar esta conversación, Max.

Esta escena ha tenido lugar esta mañana, pero no es novedosa. Las cosas en la familia Wittelsbach funcionan siempre de la misma manera. Es mamá la que lleva las riendas de la casa y la que se dedica en cuerpo y alma a nuestra educación. Su tarea no es sencilla, ya que somos ocho hermanos y ella se encuentra prácticamente sola en la gestión de la familia. Papá es un espíritu juguetón, siempre por ahí con sus amigos, con los que a menudo desaparece durante días; ama la música —de hecho es excelente tocando la cítara y componiendo canciones—, la caza, los paseos por la montaña y odia, en cambio, la etiqueta de la corte y todas las ceremonias oficiales. Por otra parte, es también un gran lector y en nuestro

palacio de Múnich posee una gigantesca biblioteca con miles de libros. Le gusta organizar en casa encuentros con amigos, artistas y literatos, para debatir de política y de poesía mientras beben grandes jarras de cerveza. Lo llama El círculo de Arturo, porque suelen reunirse vestidos a la manera de los antiguos caballeros medievales alrededor de una gran mesa, que él preside vistiendo un viejo traje de rey. Cada tanto, con el seudónimo de *Phantasius*, escribe algún artículo para publicarlo o algún poema; dice que su poeta preferido es un tal Heinrich Heine y se esfuerza por imitar su estilo.

Está siempre en movimiento mi padre. Adora viajar y a menudo parte hacia algún remoto destino, del que regresa cargado de regalos y anécdotas. Una vez fue a Egipto y volvió con algunas piezas arqueológicas, entre ellas ¡nada menos que una momia! Mamá se opuso terminantemente a tenerla en nuestra casa y por lo tanto papá acabó por exhibirla en casa de su padre, donde todavía se encuentra.

Sé que somos injustos con nuestra madre, porque ella se preocupa por nosotros y trata de actuar de forma severa por nuestro bien, pero es inevitable que mis hermanos y yo prefiramos estar con papá. ¿Cómo podríamos resistirnos al encanto de un padre que en el patio de armas de nuestro palacio en Múnich, sobre la Ludwigstrasse, ha llegado a levantar un circo, con payasos y números ecuestres y en cuyos espectáculos participa de buena gana en persona? ¿O que nos enseña las alegres canciones populares bávaras, que cantamos a voz en cuello mientras marchamos en fila detrás de él, cuando nos lleva de excursión al bosque o a la montaña?

Cuando vuelve a aparecer después de una de sus largas ausencias, nos anuncia su llegada silbando cierta tonada y nosotros, ni bien lo oímos, abandonamos inmediatamente lo que estamos haciendo, incluidos —con gran disgusto de nuestra madre— los libros y a los preceptores y corremos a festejar su regreso.

De mis cuatro hermanas, aquella con la que me entiendo más es Elizabeth, a la que llamamos Sissi. Nos llevamos muy bien, tal vez porque tenemos gustos parecidos. Las dos amamos la naturaleza,

la vida al aire libre, los bosques y a todos los animales, excepto — aunque no sabría decir por qué— a los gatos. Ella es tres años mayor que yo y ya ha cumplido los quince. Nació el 24 de diciembre, por lo que mi padre, que tiene debilidad por ella, siempre dice que fue «su regalo de Navidad». Mamá está convencida de que yo estoy celosa de ella, pero no es verdad. Es más, yo la admiro y siempre quiero imitarla en todo.

Somos las dos muy independientes, nos gusta conversar con todos e interactuar aun con las personas más humildes, participar en las fiestas campestres y disfrutar junto a los paisanos de la cerveza y de las exquisitas salchichas bávaras. Somos hábiles amazonas y excelentes nadadoras y esgrimistas. Mamá considera que nuestros modales no son los adecuados para unas altezas reales, título al que tenemos derecho como parientes directas del rey Maximiliano II; que hay normas que por nuestro rango debemos respetar y que nuestro espíritu libre y anticonformista (cualquiera sea el significado de esta palabra) será para nosotras en el futuro solo causa de sinsabores.

Aunque mis gustos y los de Sissi son muy parecidos, nuestras personalidades difieren bastante. Yo soy más desinhibida, más impulsiva, más rebelde. Ella es muy sensible, diría incluso tímida, y sin duda más obediente que yo. A menudo tiende a la melancolía y en esos momentos se aparta de todos y se aleja en largos paseos solitarios o se aísla en su habitación. En ese aspecto, me siento más cercana a mi hermana Matilde —a quien en la familia llamamos *Spatz*, o sea «gorrión»— porque en ella encuentro mi misma alegría y despreocupación. También mi otra hermanita, Sofía Carlota, es muy vivaz y desenvuelta, pero solo tiene seis años, por lo que jugar con ella me aburre pronto, como así también con Maximiliano Emanuel, el más pequeño de la familia, que tiene cuatro años. Entre mis hermanos varones prefiero a Carlos Teodoro, al que llamamos *Gackel*, que tiene trece años; es también el preferido de Sissi y es nuestro incansable compañero de juegos.

En el palacio Herzog-Max de la Ludwigstrasse, en Múnich, en donde vivimos durante los meses invernales, hay por supuesto más

reglas que respetar, ya que mis padres, por la posición que ocupan en la sociedad, están obligados a organizar recepciones y a participar en ceremonias oficiales y actividades varias de representación. El palacio, de estilo neoclásico, es sin duda espléndido con sus pisos de mármol, sus pesados cortinados y su lujosa decoración, pero yo decididamente prefiero nuestra casa de campo en Possenhoffen, que es mucho más modesta, pero donde llevamos una vida más sencilla, con menos protocolo y donde se respira en cambio un saludable aire de libertad. Los veranos en Possi, como cariñosamente llamamos a este lugar, son siempre muy anhelados por todos nosotros. Cuando estamos en Múnich extrañamos mucho estos magníficos bosques y el gran parque frente a la casa, que entre rosadales y rododendros se extiende hasta el lago Stanberg, desde cuyas orillas se disfruta del imponente espectáculo de los Alpes en el horizonte.

Yo adoro treparme a los árboles para coger sus frutos, correr a pies descalzos sobre la hierba, rodearme de todos los animales que tenemos, desde los perros y los conejos, hasta los corderos y los cabritos. Consigo que mamá se enfade muy a menudo, lo reconozco, porque no sé calcular los tiempos y suelo desaparecer justo a la hora del almuerzo o de alguna lección. Además, digo siempre lo que pienso sin reflexionar y por lo general no es lo que habría debido decir, porque al parecer no he respetado el *bon ton* (el protocolo social). He visto a veces a mi padre estallar en una carcajada ante alguna frase mía muy poco oportuna, pero mamá levanta los ojos al cielo y zarandea la cabeza, rendida.

Nuestra buena institutriz, la baronesa Wulffen, trata desesperadamente de inculcar en mí y en mis hermanos un poco más de disciplina y de buenos modales, además de un mayor sentido de la responsabilidad ya que, según ella, hemos sido criados con demasiada libertad y de manera un tanto salvaje. Debo admitir que también la gente del lugar y las familias nobles de Múnich juzgan extraña a nuestra familia, en especial porque consideran que estamos demasiado unidos a nuestros padres y porque nuestra madre se

ocupa personalmente de nosotros, cosa que en general no ocurre en las otras familias aristocráticas. Por mi parte, creo que mamá es una mujer sabia, generosa, cariñosa con sus hijos, paciente y tolerante con todos, incluido mi padre, cuyas extravagancias no siempre deben ser para ella fáciles de digerir. Y no consigo imaginar cómo sería nuestra vida si ella no estuviera a nuestro lado como lo está, siempre dispuesta a reprendernos, pero también a consolarnos y a ofrecernos sus mejores consejos. Sé que se preocupa por mí, porque suelo ser bastante imprudente y un poco atolondrada.

—Quisiera que te esforzaras por parecerme más a tu hermana Nené, mi pequeña María Sofía. ¡Trata de aprender de ella un poco más de sentido común! —me repite.

Nené —en realidad su nombre es Helena— es la más grande de mis hermanas. Ha cumplido hace poco diecinueve años y además de ser muy bella es también muy buena. Tiene un temperamento sosegado, actúa siempre con ponderación y mamá está muy orgullosa de ella. Si bien tiene muchos admiradores, no ha recibido aún una propuesta de matrimonio, pero creo que mis padres ya tienen en mente algún buen partido, quizá incluso una cabeza coronada, porque desde hace unos meses sus preceptores se han multiplicado y se me ocurre que la deben estar preparando para enfrentar un gran futuro.

Sissi también es motivo de aflicción para nuestra madre, pero no porque sea irreflexiva como yo, sino por su índole melancólica. Ama escribir poesías, cuando se siente triste (ella adora a ese Heine, que mi padre admira tanto); y triste lo ha estado mucho en los últimos tiempos. Hace poco más de un año se enamoró locamente del escudero de papá, el conde Ricardo, y debo confesar que a mí también, aunque era todavía solo una niña, me parecía fascinante. Creo que él se sentía a su vez atraído por mi hermana y no lo culpo por ello, porque Sissi es realmente muy hermosa. El problema, sin embargo, fue que mis padres no aprobaban esa relación, ya que no consideraban que el conde, perteneciente a una familia noble, pero de modestas condiciones económicas, fuera un buen partido

para ella. Por consiguiente, para evitar que la relación entre ellos se hiciera más profunda, papá le encomendó al joven una tarea que lo obligó a alejarse de Baviera. Sissi se quedó muy mal, pero confiando en un pronto regreso, lo aguardaba esperanzada. Y el conde, de hecho, volvió. Pero volvió muy enfermo y a pesar de los denodados esfuerzos de los médicos, en pocos días murió.

¡Cómo lloró Sissi! Estoy segura de que todavía lo llora. Como siempre, me ha confiado sus pensamientos, porque ella y yo nos contamos todo y ha declarado con absoluta convicción:

—¡No volveré a amar a nadie nunca más! ¡Se ama de verdad una sola vez en la vida y yo ya he amado tanto!

A mí, que aún no conozco nada del amor, esta aseveración me pareció demasiado dramática. Pero, por otra parte, si es cierto que el amor hace sufrir como he visto y veo sufrir a mi hermana, no me interesa conocerlo.

A decir verdad, el amor está haciendo padecer también al mayor de mis hermanos, Luis Guillermo, y por su culpa a mis padres. Luis tiene veintidós años, pertenece al IV regimiento de caballería König y es un apasionado del teatro; fue justamente al frecuentar el ambiente artístico en Augusta, donde se hallaba su regimiento, que conoció a una bella actriz y se enamoró. Claro que no es esta la primera vez que se encapricha de una mujer de baja extracción social: él es un joven apuesto, alto, rubio, amante de la buena vida y no le faltan admiradoras en el pueblo. Sin embargo, esta vez ha anunciado con firmeza que se quiere casar. ¡Ábrete cielo! ¡En casa se desató una tempestad!

—¡Ni hablar! —se empecinó mamá—. ¡Sería un verdadero escándalo! ¡Nuestro primogénito, el heredero del título ducal, casado con una burguesa de humildes orígenes! El rey Maximiliano jamás te otorgará su consentimiento.

—¡No podría importarme menos! ¡Me casaré lo mismo!

—¡Traerías el deshonor a nuestra familia! ¡Es inadmisibile!

Pero Luis insiste y hasta la ha invitado a casa, para que mis padres la conozcan. Se llama Enriqueta Mendel y, a decir verdad, a mí

me gustó enseguida. Sé que a Sissi también, porque me lo reconoció. Es pequeña de estatura y delgada, tiene grandes ojos claros y una abundante cabellera cobriza y ondulada que le llega a la cintura. Si bien se la notaba cohibida ante nuestra familia, se comportó con corrección y amabilidad y de la misma manera actuaron mis padres. Pero eso no ha cambiado las cosas y por lo tanto la batalla entre Luis y mis padres continúa.

En esta circunstancia, la más empecinada es mamá. Ella, como hija del rey Maximiliano I, ha nacido princesa real, pero a diferencia de sus hermanas, que se han casado todas con reyes y emperadores, ha sido dada en matrimonio a mi padre, un primo segundo suyo que solamente es duque y para colmo perteneciente a una rama secundaria de la casa Wittelsbach, lo que significa que no tiene ningún derecho dinástico: esa es la razón de que su título sea el de duque «en» (y no «de») Baviera. A mí todo esto me parece intrascendente, pero mamá, que ha debido luchar siempre contra su complejo de inferioridad respecto de sus hermanas, creo que tiene para sus hijos planes muy ambiciosos y que está decidida a escalar a las más altas esferas sociales a través de sus yernos y nueras.

Si por mí fuera, yo no me casaría nunca, pero no me hago ilusiones de que eso pueda ocurrir; sé con certeza que mis padres tienen la obligación de buscar un buen partido para sus hijas y que serán ellos quienes elijan a nuestros futuros maridos. He comprendido que en estos asuntos el amor no tiene mucho que ver: lo que se valora es sobre todo la conveniencia, desde el punto de vista político, de estrechar lazos entre familias nobles o casas reinantes. Si después nace el amor entre los cónyuges, bienvenido sea, pero en realidad es del todo irrelevante. Cuando mis padres se casaron, ninguno de los dos estaba conforme con la decisión tomada por las respectivas familias. Según ellos mismos cuentan, incluso sentían una profunda aversión uno por el otro (creo que mamá en aquel entonces estaba enamorada de don Miguel, príncipe de la casa lusitana de Braganza) y los primeros años de matrimonio fueron muy difíciles, en especial para ella, que se sentía muy sola



y lloraba todos los días. Con el paso del tiempo nació entre ellos cierto afecto: él admira las excelentes cualidades maternas de su mujer y su habilidad para manejar a la familia; ella ha comprendido que es inútil combatir las excentricidades y la desmedida vitalidad de su marido y la convivencia entre ellos es aceptablemente serena, aunque a mamá le guste quejarse siempre. Pero no creo que la pasión que dicen que se siente al enamorarse haya existido jamás entre ellos.

En los próximos días mamá viaja con Nené y Sissi a Ischl, una localidad entre lagos y montañas en la Alta Austria, para visitar a su hermana, la archiduquesa Sofía. Tía Sofía es la madre de nuestro primo Francisco José, quien hace cinco años, luego de la abdicación de su tío y la renuncia al trono de su padre, se ha convertido nada menos que en el emperador de Austria con solo dieciocho años. Durante el verano, la corte imperial se traslada generalmente a aquella hermosa localidad, para disfrutar de los beneficios de sus aguas termales y esta vez mamá ha aceptado la invitación de su hermana. La ocasión ha sido dada por los festejos del cumpleaños número veintitrés de nuestro primo emperador, pero yo intuyo que detrás se esconde una segunda intención, porque la organización de este viaje lleva ya varios meses y el carteo entre las dos hermanas ha sido muy frecuente. Mi sospecha es que se desee introducir a Nené en la corte imperial, quizá para encontrarle un buen pretendiente; de hecho, en los últimos tiempos muchos vestidos nuevos han sido cosidos para mi hermana. Demasiados y demasiado lujosos, me parece, para una breve estadía en una localidad de aguas termales.

La participación de Sissi en este viaje no había sido prevista hasta hace pocos días. De hecho, nunca se había hablado de ello. Pero ahora mamá ha decidido llevarla con ellas, tal vez para tratar de distraerla de su constante añoranza del conde Ricardo y de mitigar su tristeza. Así las cosas, he pedido entonces poder acompañarlas yo también, pero se me ha respondido que soy todavía demasiado niña.

—¡No es verdad! En un par de meses ya tendré doce años.

—Estaremos muy ocupadas y no podremos encargarnos de ti. Serías motivo de preocupación para nosotras.

—¡Pero yo no necesito que me estén vigilando! ¡Sé perfectamente cómo comportarme!

Por desgracia, no he logrado convencer a nadie. ¡Qué pena! Me hubiera gustado conocer a ese importante primo nuestro. En efecto, si bien somos parientes cercanos, no nos hemos visto nunca él y yo. Y tampoco conozco a tía Sofía. Nuestras dos familias se han encontrado una sola vez hace cinco años, en Innsbruck. Pero yo no estaba, porque en aquella ocasión mis padres llevaron consigo solamente a sus cuatro hijos mayores (yo soy la quinta). Según lo que me ha contado Sissi, tía Sofía le había parecido severa y poco cariñosa y, a decir verdad, tampoco les había gustado a mis otros hermanos. Mamá, en cambio, la nombra siempre con gran admiración, aunque demuestra también sentirse bastante intimidada por ella. De Francisco José, Sissi no tiene un recuerdo muy claro; en el fondo, tenía solo diez años cuando lo vio y está convencida de que él tampoco la notó, pero recuerda en cambio muy bien a su hermano más joven, Carlos Luis, con el que se había divertido mucho.

¡Paciencia! Otra vez tendré que pedirles a mis hermanas que me cuenten todos los detalles de la visita a la familia imperial y de los festejos que tendrán lugar. Y de todas formas no me disgusta la idea de quedarme con papá. Él no piensa ni por un minuto en la posibilidad de participar en ese viaje, ya que siente una gran antipatía por su cuñada (creo que es recíproca) y, sobre todo, dice, una profunda aversión al severo protocolo de la rígida corte imperial. Si es así, estoy feliz de quedarme en casa con él y con mis hermanos menores. ¡Sin el control de mamá, serán unas verdaderas vacaciones!

## POSSENHOFFEN, SEPTIEMBRE DE 1853

¡Lo sabía! Mi intuición sobre las intenciones de mamá para asegurar el futuro de Nené era acertada. ¡Aunque lo que no había previsto en absoluto era que el candidato fuera el emperador en persona! Ahora sabemos que, en efecto, mamá y tía Sofía acariciaban hacía tiempo el proyecto de comprometer a sus respectivos hijos. Nené, por supuesto, estaba enterada de ello y se sentía muy emocionada y profundamente halagada por la propuesta; y lo sabía también papá, pero mamá les había recomendado no decir nada al resto de la familia, por precaución.

—Nunca se sabe. Es mejor esperar hasta que las cosas hayan llegado a buen puerto —había agregado.

¡Y cuánta razón tenía! Porque, de hecho, lo que ocurrió en Ischl es realmente increíble y nadie habría podido imaginarlo. En realidad, el noviazgo sí tuvo lugar como querían ambas madres, ¡pero la elegida no fue Nené, sino Sissi!

Un telegrama de mamá a mi padre fue el portador de tan asombrosa noticia: «El emperador pide la mano de Sissi. Aguardamos tu consentimiento».

—Debe tratarse de un error de transcripción —dijo mi padre al leerlo, desconcertado—. Seguramente se refiere a Nené —y en ese momento mis hermanos y yo nos enteramos por fin de lo que se estaba cocinando desde hacía meses en nuestra familia.

La carta de mamá, que llegó un par de días después, despejó toda duda: se trataba efectivamente de Sissi. Escribió que Francis-

co José, ni bien la vio, se sintió inmediatamente seducido por su frescura, por su gracia y por su candor y que desde ese momento solo tuvo ojos para ella. Sin dudarle, al día siguiente fue a buscar a su madre para comunicarle sus sentimientos y anunciarle que era su intención casarse con Sissi. Agregó con gran firmeza, para evitar cualquier objeción, que nada lo llevaría a modificar su decisión.

No es difícil imaginar el estupor de ambas madres ante este inesperado vuelco en sus planes. La más atónita es la archiduquesa Sofía, ya que está acostumbrada a ser obedecida en todo por su hijo, sobre quien, según dicen, ha tenido y sigue teniendo un gran ascendiente. Ha tratado de convencerlo de que se trata con seguridad de un enamoramiento pasajero y de que Helena es la persona más apta para ser su esposa, porque además de demostrar un comportamiento mucho más refinado, es también más grande y por ende más madura, mientras que Elizabeth es aún solo una chiquilla. Pero el emperador se ha mantenido inflexible.

Así las cosas, mamá ha sido la encargada de transmitirle a Sissi el pedido de mano de Francisco José. En su carta nos ha descrito bien la reacción de mi hermana, que no se había percatado en absoluto del interés de nuestro primo por ella: profundamente conmovida por la inesperada propuesta, estalló en llanto. Mamá le hizo comprender que una oportunidad como esta no puede ser ignorada, que si ha sido elegida es su deber acompañar al emperador en la difícil misión que le impuso la vida y que un rechazo sería del todo inadmisibile. Mi querida Sissi respondió que hará todo lo posible por quererle.

En realidad, yo creo que mamá, más allá de la pena que pueda aún estar sintiendo por las ilusiones truncadas de la pobre Nené, debe haberse repuesto pronto del desconcierto provocado por la inesperada situación. En el fondo, por medio de una hija o de la otra, se convertirá igualmente en la suegra del emperador y en la madre de la emperatriz de Austria.

Papá, en cambio, no está para nada conforme. Ha admitido que tampoco estaba encantado con los proyectos de mamá cuando se

trataba de Nené, pero está convencido de que nuestra Sissi, por su temperamento sensible y su espíritu libre, jamás podrá ser feliz en la rígida corte de los Habsburgo. ¡Deseo de corazón que esté equivocado!

Tras un par de semanas intensas en Ischl, en las que fue anunciado y publicado en los periódicos locales el noviazgo oficial y durante las cuales se sucedieron las fiestas y los festejos, mi madre y mis hermanas por fin volvieron a casa. Yo las aguardaba ansiosamente, ya que no veía la hora de que Sissi me contara directamente cómo se habían desarrollado los hechos y cuáles eran sus sentimientos.

—¿Qué es lo que siento? No lo sé —me dice, cuando por fin logramos hallar un momento de intimidad para intercambiarnos confidencias—. ¡Ha sido todo tan extraño, tan imprevisible, María! No he tenido aún el tiempo de reflexionar sobre lo que ha ocurrido ni de hacerme a la idea de ello. ¡De la noche a la mañana, mi vida ha tenido un vuelco total!

—Pero él, ¿cómo es? ¿Te gusta?

—Claro. Me gusta. Es un hombre apuesto, es rubio, alto, esbelto y debo admitir que el uniforme blanco y rojo del imperio le queda muy bien. Él asegura que se enamoró de mí desde el instante en que me vio. Yo no me di cuenta de nada, me sentía incómoda en ese ambiente, todo adulación y reverencias, y estaba muy concentrada en no cometer una torpeza, para que mamá y Nené no tuvieran por mi culpa que pasar vergüenza. Es verdad que cada vez que yo lo miraba, lo sorprendía observándome; sin embargo, pensaba que se trataba solo de curiosidad, ya que hacía tanto tiempo que no nos veíamos.

—¿Crees que serás feliz con él?

—No lo sé. Es exquisitamente amable conmigo, atento, afectuoso. Pienso que no debe ser difícil quererle. ¡Pero sin duda preferiría que no fuera el emperador!

Yo la miro, incrédula: ¡cualquier mujer querría estar en su lugar!

—¡Qué dices, Sissi! ¡Serás la emperatriz de Austria!